

## EL PUERTO DEL PECADO

Fernando da el último sorbo al consomé.

—Muchas gracias, Eladio, muy rico.

Toma la servilleta de tela y seca suavemente sus labios. El sirviente sonrío cordial, retribuye al joven empresario discotequero de la Ciudad de México con un “permítame”, recoge el tazón y gira hasta perderse en silencio, con su guayabera blanca, en los vapores de la cocina. El huésped en turno de la residencia de Viviana Corcuera —legendaria *socialité* de Acapulco— descansa su mirada en un paisaje delicioso: la blanca cadena de hoteles coronando la costera, diminutos desde este punto elevado, y el mar que se abre, salpicado por la estela de espuma de los yates.

En el comedor de esta casa de cinco plantas en Las Brisas, junto a la alberca y el asoleadero, Fernando ocupa una silla con vista al poniente. A las seis de la tarde del 12 de abril, inicio de Semana Santa, dirige sus ojos azules al otro azul, el de la bahía, coronada en el otro extremo del puerto por los acantilados sobre los que corre la avenida Pie de la Cuesta. Él no lo sabe pero en el número 8 de esa avenida, donde se encuentra la concesionaria Honda 2R, en este mismo momento el empresario Roberto Herrera Luna sale a recibir a dos personas que bajan de un Seat Ibiza rojo sin placas. Uno de ellos, de gorra negra, sin mediar palabra le apunta con una pistola calibre 380. En un parpadeo le descerraja cinco tiros, uno en la cabeza y cuatro en el torso. El asesino y su acompañante huyen. Herrera, de cuarenta y nueve años y padre de dos menores, muere desangrado entre veinte motos en exhibición, frente a su esposa Rossana.

Bienvenidos a la Perla del Pacífico. Es un miércoles y sobre la Carretera México-Acapulco empiezan a ingresar los miles de autos

que la semana mayor colmarán de turistas un puerto de economía pujante. En el aeropuerto, Delta Airlines inaugura las rutas Nueva York-Acapulco y Atlanta-Acapulco, con las que engrosará el altísimo nivel de ocupación de la exclusiva Zona Diamante, que el 2005 absorbió la mayor parte de los cerca de 700 millones de dólares de inversión turística que captó la ciudad. El puerto, *top of mind* del turismo nacional, despilfarra billetes verdes y se divierte como un magnate.

Hasta hace poco se decía que la ciudad había perdido su *glamour*. Que nada era ya como en los '50, cuando la “Pandilla de Hollywood” —encabezada por Tarzán (Johnny Weissmuller) y el vaquero de Iowa John Wayne— compró al empresario Rafael Alducin una casa paradisíaca para convertirla en el Hotel Los Flamingos. La vida en los más altos, apartados y enigmáticos riscos del puerto era lo que muchos mortales sueñan: mar, descanso, sexo, lujo, buen comer y juerga.

Otros, apegados a la nostalgia por lo nuestro, recuerdan a Tin Tan paseándose en su convertible rojo para recoger a las “Babes Galeana” —hermanas bellas y adineradas, dueñas de la gran farmacia Cruz Roja— y más tarde buscar en la Primaria Manuel Ávila Camacho, de la costera, a Elisa Padilla, maestra de curvas infartantes cuya sensualidad codiciaba todo el que se dijera hombre. Y desde esa escuela, retacados de erotismo los asientos de atrás y adelante, al Bum-Bum, el centro nocturno que a un costado de Caleta reunía a grandes orquestas cubanas para que Tin Tan, Rita Macedo, María Félix o Pedro Armendáriz bailaran entre otros famosos, flirtearan entre acaudalados.

Llamo a Viviana Corcuera para que me acerque a la vida de los “jetseteros” en el puerto. Quiero dar el primer paso hacia una crónica sobre cómo se divierten los ricos, famosos y poderosos de la Ciudad de México en esta renovada ciudad portuaria.

—Casa Corcuera —atiende un empleado, como si se tratara del conmutador de un *resort*.

Me la comunica.

—Querido —dice, con un cálido acento argentino—, vení a mi casa, así la conocés.

## ARGENTINAS O BRASILEÑAS

Desde fines de los sesenta, los más célebres cronistas de sociales, como Duque de Otranto y Nicolás Sánchez Osorio, deslizaban su pluma inspirados en la dueña de esta residencia en Las Brisas: Viviana Rosa Dellavedova o Viviana Corcuera, miss Argentina Internacional 1964, cuya fama se catapultó al casarse con el empresario mexicano Enrique Corcuera hace treinta y siete años.

Camino a su hogar avanzo sobre la avenida Escénica. Discurren a mi lado el Baikal, Kookaburra, Madeiras y Sky Garden, algunos de los lujosos restaurantes con vista al mar que desde hace poco más de una década han recuperado a esa gente bien que el puerto había abandonado. A mi derecha aparece el Fraccionamiento Las Brisas, el cerro que acoge asombrosas residencias de potentados y artistas, como Jaime Camil, Juan Gabriel, Arturo Montiel o Luce-ro. Bajo del taxi y camino hacia el complejo, pero de inmediato me detienen. En la entrada, junto a una barrera con la leyenda CÁMARA DE SEGURIDAD EN SERVICIO, uno de los cuatro policías armados pregunta adónde voy: “A la casa de la señora Corcuera”.

Me piden pasar a una caseta sofocante con cuatro monitores de circuito cerrado. Cuelgan de un muro veinte *walkie talkies*. Un agente hace una llamada y recibe la orden de darme acceso.

Fernando, dueño de un popular antro del Centro Histórico capitalino, es uno de los tantos personajes que Viviana, acaso para mantenerse como miembro vitalicio de la alta sociedad, recibe en su casa los fines de semana o vacaciones. Ella ha tenido que salir pero él me ofrece asiento. Viste de blanco, con una playera ligerísima y pantalones frescos, de manta. Toma consomé mientras delinea ante mí el clásico itinerario jetsetero. La única condición es no divulgar su identidad.

—Nos vemos aquí o en casa de alguien para tomar algo. De aquí, como a la una de la mañana, vamos al Baby’O con Enrique Corcuera (hijo), Jerónimo Iturbe, Javier Creel, Diego Sánchez Navarro, Rafael Guerra y sus novias o niñas de por acá. Vienen muchas de Monterrey. Viviana conoce a todo el mundo en Acapulco, hay cenas y ahí las conoces. Suelen ser hijas de empresarios. También nos llevamos argentinas o brasileñas, modelos casi todas, que vienen de la Ciudad de México a echar desmadre y algo sale...

—¿Son ciertas las historias del Baby'O? Los privaditos de Luis Miguel, las cuentas millonarias...

—En el Baby tener una buena mesa cerca de la pista es ¡wow! Siempre son los mismos tomando botellas de lo mismo: cocteles dulces que se sirven en la “barra de la muerte”. Te ponen muy borracho. Una cuenta normal es de 10000 pesos. Cuando va Luis Miguel ponen muchos guaruras y nadie pasa a su mesa.

—¿Y en el día?

—El día se sobrelleva para volver a agarrar la peda en la noche. El día es la cruda. Todos se levantan tarde y vas a la alberca, al *jacuzzi* o al asoleadero a leer revistas rodeado de cojines. Se habla poquito.

—¿Pasean en los yates?

—De repente vamos al barco del cuñado de Enrique, pero nadie se mete al mar. Puedes ir a (la Bahía de) Pichilingue o la (Isla) Roqueta. Encallas, comes, estás ahí chupando y el chiste es agarrar el atardecer con el barco andando hacia el sol. Muchos cuates tienen muchas chavas y se llevan *strippers* o, si pueden, *spring breakers*; pero las gringas no son fáciles, están a la defensiva porque sus agencias de viaje les dicen que no les hagan caso a los mexicanos.

#### NERVIOSISMO

Hacia las siete de la tarde, cuando me despido de Fernando y Eladio me lleva a la puerta, en avenida Pie de la Cuesta se ejecuta el “levantamiento cadavérico” de Herrera Luna.

El Centro Comercial Oyamel, donde el empresario nacido en Atoyac de Álvarez (tierra del guerrillero Lucio Cabañas) poseía desde diciembre la concesionaria de motos japonesas y el negocio de equipo rural Motores y Accesorios del Pacífico, no es más que una serie de sencillos comercios construidos sobre peñascos que dan al Pacífico.

Llegan al lugar el grupo criminalístico de la Procuraduría estatal, agentes ministeriales del Sector Mozimba, el coordinador regional Emiliano Portillo y la agente del Ministerio Público Victoria Gudard.

Los reporteros toman nota y buscan declaraciones de los tres empleados del negocio Honda 2R, aún impactados por la terrorífica escena. La media filiación de los ¿sicarios? Nadie sabe, nadie supo. “Por el nerviosismo ninguno puso atención”, explica *El Sol de Acapulco* en un ejemplar de esos días.

La biografía de Herrera no parece dibujar un hombre ligado al crimen organizado: era economista del Instituto Politécnico Nacional y fungía como panelista habitual de “Epa Tarecua”, programa de la cadena Radiorama sobre técnicas de cultivo, fertilizantes, plagas y uso de maquinaria para el campo. Agricultor con huertas de coco cerca de Ixtapa, entraba en contacto con los campesinos de Costa Grande, Costa Chica y la Zona de la Montaña. Pero el *modus operandi* del asesinato hace temer lo peor. No fue un asalto. Según la policía local, nadie tocó los 9 000 pesos que guardaba en el bolsillo.

Mientras las caravanas de turistas entran por tierra, la Policía Federal Preventiva (PFP) tiende un cerco policiaco en todas las salidas de Acapulco, por si los asesinos cometen el error de querer escapar en el Seat. Desde luego, no lo hacen.

El cuerpo de Herrera, un hombre de negocios más que cae en el puerto, viaja a Servicio Médico Forense. Como él, otros empresarios han encontrado en esta ciudad idéntico destino. En menos de dos años, la misma suerte acabó con el finquero y notario público Rubén Robles Catalán y hace unas semanas con el empresario automotriz Jaime Mejorada.

Acapulco se habitúa, en calma, a la muerte violenta de los señores del dinero.

## POLICÍAS

En los catorce días de las vacaciones de Semana Santa, el sol promete obsequiar al medio millón de visitantes de México, Estados Unidos y Canadá todo el calor que cabe en la imaginación. Pero el promedio de treinta y cinco grados no impide que algunos sí estén cubiertos: gorras o cascos, chalecos antibalas, camisas de manga larga y un abundante parque de armas y municiones. Desde temprano, camiones descubiertos del programa México Seguro, con agentes de la Secretaría de Seguridad Pública federal, recorren los

8.5 kilómetros de la Costera Miguel Alemán y las playas. Aferrados a sus armas de alto poder, en el operativo vacacional se mezclan con los chiquitos que cargan salvavidas y cubetas para sus castillos de arena, con señores y señoras en *shorts* que trasladan itacates tremendos o con los *spring breakers* que juegan y se desnudan.

La colección de corporaciones es multicolor: Policía Preventiva, Policía Preventiva Ecológica, Policía Auxiliar, Policía Rural, Policía de Tránsito, Grupo de Tarea Relámpago. En el mar, la Capitanía de Puerto y, sobre la arena, la Armada. Más de dos mil elementos, como para tener en orden cada rincón de la ciudad.

Y es que Acapulco, una ciudad con casi un millón de habitantes, consume cantidades industriales de droga. La plaza se la disputan, banqueta a banqueta, Los Zetas, brazo armado del Cártel del Golfo, y Los Pelones, célula del Cártel de Sinaloa. Normalmente la droga se expende en las narcotiendas —existen cinco mil en cálculos de la PFP, y en ellas se generan ganancias diarias de 5 millones de pesos—, negocios cuyo giro oficial es, desde luego, cualquiera menos la droga. Sobre los muros de la ciudad, en los costados de los camiones de pasajeros, el gobierno de Guerrero convoca a la sociedad: LA DELINCUENCIA NO TIENE MADRE NI PADRE NI FAMILIA, PERO TÚ SI. Proporcionan un teléfono y una página de internet para hacer denuncias. Pero el procedimiento no da confianza: cuando llamo, piden mi nombre, teléfono, domicilio.

En el centro de la ciudad, frente al mercado, la Unidad Mixta de Atención al Narcomenudeo (UMAN), oficina destinada a las denuncias anónimas, también llama al pavor. En la fachada, una bandera nacional hecha jirones ha sido enrollada con alambre. Adentro, un policía con una ametralladora es quien brinda asesoría.

#### MARBELLA MEXICANA

La tarde del Viernes Santo camino entre colonias paupérrimas de bares lacrimosos, restaurantes desiertos, deshuesaderos y hoteles decadentes, hasta que se abre ante mí el paraíso en versión náutica, la Marbella mexicana. Unas trescientas embarcaciones, blancas e impecables, aguardan a que sus dueños las usen. Frente al muelle surge una alberca rodeada de jardines.

Bajo un fondo musical de Mendelsohn nadan dos madres jóvenes, rubias y cinceladas, junto a sus hijos. Cae el sol.

En un rato aparecerán las lucecitas sobre los diques de este club, La Marina Acapulco, que decidió nombrar a “don Gustavo Díaz Ordaz”, uno de sus grandes impulsores, “miembro distinguido”. Imagino que con la caída del sol comenzarán a llegar los yates llenos de celebridades, todos embriagados junto a sus muñecas de silicón. Pero no hay nada de eso. Para ellos, Semana Santa no es un tiempo ideal en Acapulco.

Paseo entre el yate Hamsa, de Jaime Camil, un barco fastuoso en el que su padre festejó a Neil, hermano del expresidente estadounidense George W. Bush; el Fandango, de Joaquín López Dóriga y el Tunner, del dueño de Cinemark, Roberto Jenkins. Los nombres de la gran familia mexicana de los yates son lo más emblemático de la política, el empresariado y la farándula: Jorge Kahwagi, Alfredo Elías Ayub, Ana Bárbara, Alejo Peralta; Alberto Ángel, “el Temerario”; los Farell, Murat y Molina, gente de mundos diversos que coincide aquí para abordar los embarcaciones de las más grandes marcas: Hatteras, Maiora, Aicon, Albermale.

Alejado de los mortales, en un recodo descansa el Sunseeker 82, un yate de veinticinco metros de largo y siete metros de alto, cotizado en 4.5 millones de dólares, al que Luis Miguel bautizó “Margaux” en homenaje al bordeaux francés Château Margaux, el tinto con el que “corrompe” a sus mujeres. Su tripulación la integran el capitán, el cocinero, el marinero y quien lo traslada en *jetsky* desde su casa en la playa, Alfredo Bonfil.

—Vi muchas cosas —me cuenta Salvador Lagunas, hasta hace poco su capitán—. Pero son fuertes y no puedo hablar. Te puedo decir que le gusta manejar rápido en mar abierto oyendo a Carlos Vives o a Michael Jackson. Una vez nos fuimos tres días a Ixtapa y en el viaje platicó conmigo para mejorar su técnica.

Abordo una pequeña lancha para conocer Pichilingue, el recodo de mar consentido de los *juniors* en el poniente de la Bahía de Puerto Marqués. En la ruta paso frente a Villa Arabesque, una mansión morisca de más de doce mil metros cuadrados, blanca y pulcra, que perteneció a los ya fallecidos Barones de Portanova (Sandra y Enrico Paulo Apuzzo di Portanova). La casa fue sede de impenetrables fiestas de disfraces y recepciones a gente como Tony

Curtis, Aristóteles Onassis, Michael Nouri, Jacqueline Kennedy, Carmen y Loel Guinness o Henry Kissinger.

A un lado de la costa se encadena una decena de monumentales residencias. Reclaman ser vistas, admiradas, como si violar al cerro con grandes columnas, volúmenes lascivos de cemento y diseños aparatosos fuese un grito de sus dueños para que todos los reconozcan.

En Pichilingue el agua es más limpia y azul que en el resto del puerto. Sobre las amplias cubiertas de los yates, mujeres en bikini saludan y bromean a los ocupantes de barcos vecinos, se tuestan y untan de crema. En algún otro, dos chicas, de entre veinticinco y treinta años, toman una copa en proa con sus novios, unas tres décadas más viejos.

Pichilingue, abigarrado de yates, es el pedacito de mar que los ricos no comparten, un pequeño paraíso que sirve, quizá, para fantasear los fines de semana con un retorno al origen, al estilo *La laguna azul*, pero, eso sí, entre langosta, salmón, caviar y mucho alcohol.

#### EL NIÑO VERDE

A medianoche llego al Baby'O, la discoteca más exclusiva, *cool* y mitológica de Acapulco, fundada en 1976. Hombres, 1 600 pesos; mujeres, 800 pesos. En la entrada, una decena de cadeneros, todos clonados (bajitos y morenos, de cuello, espalda y brazos descomunales) niegan la entrada a la mayoría. Afuera, una multitud de chiquillas, de minifalda, tacones altos y pieles doradas, ruegan a "Zamorita" —jefe de seguridad de la disco y luchador profesional bajo el nombre de Power Ranger— que las deje pasar. Él y otros guardias tienen la deferencia de acercarles el oído a sus bocas y escuchar el ruego, al que se niegan. Las dejan ansiosas, frescas y bañaditas, arruinadas ante la opción de regresar al hotel cargando sus inútiles atributos o acudir a Libido, un antro más democrático ubicado a unos metros, pero a años luz de sus expectativas.

La indiferencia se vuelve brutal cuando otras chicas, igual o menos hermosas, logran que los cadeneros les abran presurosos el paso; algo así como lograr que un grupo de *linebakers* se convirtan en dandis con un chasquido de dedos.



Ellas sí entran por el linaje del o los hombres que las traen, o porque el auto del que bajan es un Lamborghini Murciélagos, BMW X5, BMW 530D, Porsche Carrera GT, Mercedes Benz SL 500 convertible o Lincoln Aviator, como los que esta noche arriban.

Al fin entro a la madre de todas las discotecas del país. Por dentro, el Baby'O simula una caverna de la época de los homínidos. Al primero que veo, cuando se abre la pista ante mí, es al político Jorge Emilio González, “el Niño Verde”, rodeado de tres güeritas que, quizá, arañan la mayoría de edad. De camisa blanca abierta al pecho, no se siente un momento ni dice una palabra. De pie, junto a su mesa, mueve los pies, mínimamente, como para seguirles el ritmo a las chicas de piel cobre que van y vienen, gritan, bailan “Sabes, a chocolaaaaaaaate”, juegan entre ellas, suben y bajan de la pista, y que a veces lo jalonean para que él se incline y escuche un comentario que a ellas les da risa y a él no.

El candidato a diputado federal se limita a tomar Cazadores, echar un ojito a izquierda y derecha, arriba y abajo, pero sin excesivo interés, a las decenas de modelitos que por todas partes agitan sus caderas y conquistan por mayoría el *show* de la pista. No hay nada que lo motive como para que surja una sonrisa, tímida siquiera, que lo ayude a hacer caravana de la euforia que lo rodea. La velada transcurre así, gris, sin remedio. Todo cambia cuando una mujer de pantalón negro muy, pero muy ceñido, caminando ligera hacia la cabina del DJ y, esta sí, con tanto trecho recorrido como él, le arrebató un vistazo, devora su atención: es Paty Manterola pasando a su lado, coqueta, juguetona, insinuando una mirada. Desde lo alto, la ex Garibaldi checará la movida y tomará el micrófono para animar con un grito a la gente.

Me acerco al cajero.

—Hay cuentas de hasta setenta mil —me dice.

La noche avanza y hay pocos desvaríos. Un par de chavas toman vodka directo de la botella frente a dos o tres miradas de censura y un par más, encantadoras morenas de pelo largo y caderas trasatlánticas, se suben al *stage* —una plataforma junto a la pista— agitándose cachondas. Pero son la excepción: en el Baby'O nunca se pierde el estilo.

—Vienen tantos famosos —continúa el cajero— que aquí ya nadie se impresiona de los que llegan... ni con Luis Miguel. La úni-

ca vez que todos se volvieron locos fue cuando vino Bono. Llegó solo y las chavas se le tiraban encima. Estuvo un ratito, tomó algo, no aguantó y se fue.

Pero sus palabras invocan un temblor; ahora sí, todos se impresionan: los seleccionados de fútbol Kikín Fonseca, Osvaldo Sánchez, Gerardo Torrado, Pavel Pardo, Claudio Suárez y algunos más, se escapan de la concentración en el Hotel Pierre Marqués para ir a tomar algo. Una chica se para de una mesa y jalona a Osvaldo: “Eres túuu, aaaaay”. Él la soporta unos segundos y sonríe; cuando ella queda hipnotizada, el portero aprovecha para escaparse por ahí. Kikín, en cambio, sabe qué hacer: en cuanto entra y percibe las primeras miradas alteradas en la pista, corre a esconderse tras Osvaldo. Salvo Torrado, que baila discretamente sin dejar de agarrarse la melena, la Selección se hace chiquita ante la expectativa general y opta por guarecerse en las cuevas, los privados del antro.

La mañana del 20 de abril los diarios locales publican una nota atroz: en la madrugada aparecieron sobre una barda de una oficina del gobierno estatal las cabezas de dos policías, junto a un cartel rojo que decía: PARA QUE APRENDAN A RESPETAR.

Los mismos agentes —el comandante Núñez uno de ellos— habían participado el 27 de enero en un enfrentamiento de la policía local contra supuestos miembros del Cártel de Sinaloa, en la colonia La Garita. El saldo: cuatro presuntos narcos muertos.

Al día siguiente, antes de subir el avión hacia Acapulco, leo en el diario *La Crónica de Hoy* una declaración del secretario de Seguridad Pública de Guerrero, Juan Heriberto Salinas, en la que señala que la revista *Controversia*, editada en Acapulco, pudo haber contribuido a la decapitación del comandante Mario Núñez. Según Salinas, “probablemente se trate de una venganza, porque el comandante muerto había participado en el enfrentamiento de La Garita y la foto sale en la revista *Controversia*, y ahí se ve que le hacía un disparo a uno de los que estaba tirado en el suelo”. Los cuerpos de los decapitados aparecieron poco después del hallazgo de las cabezas, pero al de Núñez le había sido cortada la mano derecha: la del disparo. La aparición de las cabezas coincide con el

día del informe del gobernador Zeferino Torreblanca, que no tendrá manera de decir que en su gestión la inseguridad ha bajado.

#### MASACRE

A mi llegada a Acapulco compro el número 182 de la revista *Controversia*. Efectivamente, la fotografía del artículo central, “La historia detrás de la violencia”, muestra al que sería el comandante Núñez —su rostro aparece borroso— disparando a un hombre indefenso en el piso, con el siguiente pie de foto: “Ejecución. Momento en que uno de los policías desenfunda y hace dos disparos a la cabeza del presunto narcotraficante”. La investigación califica como “masacre” el enfrentamiento de La Garita y sugiere, a partir de consultas a especialistas, que los policías municipales habrían cometido, incluso, homicidio calificado.

Encuentro a Igor Pettit, director general de la publicación, en La Cabaña de Igor, su austero restaurante del Parque Papagayo. En realidad ya lo había visto antes, con sus enormes collares de cuentas de colores rodeándole el cuello. Y es que en su propia revista aparece fotografiado dieciséis veces, a color y blanco y negro, en diversos momentos de su vida: conversando con Carmen Salinas, Diana Bracho y Roberto Cobo “Calambres”; entrevistando a Félix Salgado Macedonio (actual presidente municipal de Acapulco) o fungiendo como maestro de ceremonias junto a Tongolele y Adalberto Martínez “Resortes”. Me invita a sentarme junto a dos “colegas periodistas”, acepta la entrevista y defiende a su labor.

—En términos humanitarios, un hombre herido, aun cuando es tu contrincante en la guerra y será tu prisionero, merece asistencia médica. El policía lo remató, y la revista publicó lo que pasó.

Su discurso es envolvente y su estilo, persuasivo como de pastor evangelista. Pettit, líder de los homosexuales guerrerenses, emblema de la ciudad en la lucha contra la pornografía infantil, agita las manos, suda, reta con preguntas, propone reflexiones, mienta la madre, adivina intenciones, se carcajea, repasa episodios históricos, otorga libertades y luego acorralla a su presa.

—Esos señores (los narcos) deberían invertir en la tierra del que ganó el *reality La Academia* (Xalpatlahuac), Erasmo. Si hay

tanta pobreza, que hagan escuelas, cosas grandes. A lo mejor les pasa lo que Chucho “el Roto”: el pueblo les querrá. Guerrero no va a respetar a nadie a base de lágrimas, masacre y horror.

Todo va bien, de lo mejor. Pettit, finalmente, es Acapulco hecho persona: contradictorio y fascinante, aventurado y magnético. Sin embargo, en plena charla detecto que a un par de metros alguien nos saca fotos con una pequeña cámara digital. Me tenso, pero la entrevista prosigue. Hago otra pregunta, pero ya no escucho la respuesta. Y es que aún cuando al inicio supongo que el lente lo apunta a él, ahora veo que es a mí. Me siento en la mira. Estoy a punto de apagar la grabadora.

—Igor, me están sacando fotos.

—Sí, no te preocupes, es mi hijo. Le gusta tener un archivo mío y luego publicarlas.

Igor prosigue como si nada, en instantes en que la cámara, persistente, me angustia más de lo tolerable (¿para qué querrán esas imágenes?).

—Lo que dicen los narcos es razonable: para que aprendan a respetar. Aprenderé a no hablar del tema, para que mi cabeza —me dice— no la presentes en tu revista mañana. Ellos son invisibles y para ellos nosotros estamos aquí, sentados. No sé si tú eres narco, ahijado del “Chapo” o vienes de Colombia a ver quién soy; al rato me das en la madre. No sé quién eres. Así nos pasa con ellos.

La entrevista concluye. Antes, sin más, un amigo de Pettit, que ha seguido a mi derecha la charla en silencio, se pone de pie y “clic”, otra foto.

#### MITOS SOBRE MÍ

El célebre actor Jaime Camil puede presumir un puesto de privilegio en el imaginario colectivo. Taxistas, meseros, empresarios, la gente de a pie y la que no lo es, lo reconocen como un gran rico de la ciudad y refieren varias leyendas.

—Hay tantos mitos sobre mí —me cuenta Camil—: La única pelea que tuve con Luis Miguel fue frente a su casa porque éramos vecinos. Un día estábamos en los veleros, me hizo carita de... y me le fui a los madrazos. También los guías del yate Acatiki les dicen a

los gringos que mi casa es la de Brad Pitt y luego inventan que mi vecino es Plácido Domingo. De todos los mitos sobre mí, noventa por ciento es mentira.

Hijo del empresario Jaime Camil Garza —dueño del Club Residencial La Cima— y de la pintora Cecilia Saldanha da Gama, es símbolo del *sex appeal* acapulqueño. Antes de hablar, me pide darle un lugar a su carrera actuarial:

—No quiero perderme en las pendejadas de Paulinita Díaz Ordaz ni en un *socialité* que nunca he sido. Que el reportaje sea “Camil, actor de cine, ganador de la Diosa de Plata, ahora en el proyecto más exitoso de la televisión”. No olvides mi profesión. En Estados Unidos, si Brad Pitt habla de la fauna del Amazonas, dicen “oscar winner actor” o “Brad Pitt, who is currently working in his new film, was seen in Africa with Angelina Jolie”.

Camil es un *habitué* de Acapulco, donde estuvo en Semana Santa. Acude al gimnasio Condesa, descansa en su casa, se asolea en el yate, va al restaurante Mi Barquito, de La Quebrada.

—¿Y la inseguridad del puerto?

—En la Ciudad de México solo uso un auto blindado, pero en Acapulco mi papá me presta cuatro elementos de seguridad. Lucio Cabañas era de Acapulco (*sic*) y el EPR (Ejército Popular Revolucionario) es de Guerrero. El estado es líder en criminalidad. Si una ciudad amanece con pinches decapitados, dices “qué pedo, carajo”.

—¿Y en ese clima es posible divertirse?

—Acapulco tiene la peor reputación, pero es muy afrodisíaco. Tener novia o ligar en Acapulco es más intenso que estar con una mujer en cualquier otro lugar del país. Salgo poco, voy al Baby’O cada tres meses y no consumo alcohol ni droga.

—¿Por qué el Baby’O sigue siendo el lugar preferido?

—No tengo la menor idea de por qué el Baby gusta tanto. A mí me ponen “Ese hombre es mío” de Paulina Rubio y digo “¡No puede ser...!” Pero el Baby tiene lo que el Jimmy’Z (discoteca de Miami): siento que el lugar es mío. Ahí hago lo que quiero, me atienden bien, van muchos amigos.

—¿Con el tiempo cambió mucho el puerto?

—Acapulco ha sido el destino de playa mexicano más paradisíaco, pero antes era más *chic*. Me concibieron en Acapulco y viví ahí mucho tiempo. En Acapulco viví todo, no solo el: “¿Vienes a

mi casa a Las Brisas, gueeeey?” O sea, no. El fin de semana pasado fui a Acapulco después de un año de estar en Broadway haciendo teatro. Fue un regalo de Dios. Me gusta descansar en la casa, asolearme en el barco, ir a Pichilingue y escalar la piedra de La Quebrada para aventarme con los clavadistas.

#### VICTORIA

Chicas y Tabares, los grandes *table-dance* de la ciudad, se alzan en el cruce de caminos del bien y del mal: la esquina de avenida Farallón y la Costera Miguel Alemán. La primera, que comienza en la Diana Cazadora, es la ruta de acceso hacia la Zona del Valle, epicentro de la violencia y las narcotiendas. La segunda es el festivo paraíso de los hoteles frente al mar, los restaurantes y discos.

Es en esa coordenada donde Grecia, mujer portentosa, madre y protectora de las teiboleras de Acapulco, concilia, por la fuerza del deseo, a pobres y ricos. Una noche, antes de iniciar el *show*, subo al Chicas, del que es gerenta, para pedirle una entrevista. En la oscuridad, un guardia vestido como gangster de la Prohibición me lleva a una mesa colocada junto a los veinticinco armarios cubiertos de espejos, en los que las bailarinas guardan vestidos, cosméticos, zapatos y corsetería. Apoyado en la barra con mirada de Bogart, el vigilante no me perderá de vista hasta que me vaya de ahí.

—¿A quién esperas? —me dice una jovencita, sonriendo y con los senos descubiertos.

A su lado, unas diez bailarinas se pintan los labios, ponen crema a sus muslos, bromean y caminan desnudas a mi alrededor, como si yo no existiera. “¿Estela, tienes mi plancha?”, pregunta una. El ambiente huele a una mezcla de perfume, crema, piel de mujer y limpiador de pisos. Grecia, sentada en el escenario, ha dirigido una plática de casi media hora entre meseros y meseras. “Música, música”, grita, dando por terminada la junta y acercándose segura, con “mi sonrisa número 18” (“la que tenemos dibujada todos los artistas”, como dice), para platicar unos minutos y decirme que la entrevista le interesa mucho. Solo me pide llamarla por su nombre real, Victoria, y encontrarnos en un Vips.

Los decapitados han dejado a la ciudad pasmada, inmóvil. Una sensación profunda y dolorosa de indefensión hace que la gente hable poco. El crimen acecha, irrumpe macabro en cualquier momento y solo queda lamentarse y agradecer ser un vivo. El alcalde, Félix Salgado, sale a defender el uso de la ley, anuncia que habrá una derrama de 32 millones de pesos en los próximos cincuenta días para nuevas patrullas, armamento, chalecos antibalas, uniformes, escudos antimotines. Y, finalmente, frente a los medios suplica al narco: “¡Ya párenle!”. Pero su presencia impone poco respeto, no hay modo de sacarse de encima la imagen de político pedestre, por decir lo menos.

La Catedral, atestada, busca un consuelo del arzobispo Felipe Aguirre: “Me pregunta la prensa cómo castigará la iglesia a estos asesinos que llenan de terror nuestra sociedad cortando cabezas: ¿Se los va a excomulgar? No, la iglesia es portadora de la misericordia de Dios y ella está al alcance hasta de los criminales más horrendos”.

En *Novedades*, *El Sol de Acapulco*, *Diario 17*, *El Sur* o *La Palabra*, la nota roja está empachada. Editoriales y reporteros analizan y dan cuenta del horror de los crímenes —casi setenta hasta abril— que confirman lo dicho por Armando Bartra en *Sur profundo*: “Demasiados guerrerenses mueren de pie. Demasiadas muertes airadas en un estado donde la muerte por punta, filo o bala es muerte natural. Si es verdad que los matados no descansan, Guerrero es una inmensa congregación de muertos insomnes”.

#### NO LEAS ESO

La Secretaría de Protección y Vialidad (SPyV), dependencia a la que pertenecían los mutilados, es un ir y venir de telefonazos, policías, periodistas. *The Washington Post*, *Houston Chronicle* y *Los Angeles Times* han llamado a la oficina de prensa de la dependencia. La orden de Félix Salgado es que la comunicación oficial no sea una caja de resonancia, pero a la barbarie no se la maquilla. Jorge Valdés, vocero de la Policía, ha debido atajar el alud de solicitudes de entrevistas. Atraveso el edificio de la SPyV, que es como viajar a una

oficina gubernamental de la peor jerarquía en los años 80: archivos por todos lados, pisos sucios, un calor que se carcajea de los ventiladores, funcionarios adormilados, radios prendidas, escritorios desvencijados. En la húmeda y minúscula oficina de Valdés, pintada de rosa, dos chavas monitorean un par de radios. El jefe ha salido. Me siento a esperarlo junto a un vetusto refrigerador Acros y tomo del escritorio los recortes de la síntesis informativa. La primera hoja es la columna “Cepillando”, de Jesús Sánchez. Alcanzo a leer el título, “Las cosas no andan bien”, pero Valdés llega y me interrumpe:

—No leas eso, no vale la pena.

Le pido información de los recientes crímenes pero me aclara que los detalles de los casos me los dará Enrique Gil, fiscal de la Procuraduría estatal.

—Nosotros prevenimos la violencia —me explica con pasmoso agotamiento—. No hacemos investigaciones. —Pero pronto se olvida del puesto y confiesa:

—Los acapulqueños ya no sabemos si tamaulipecos, sinaloenses y chilangos vienen a divertirse o a matarse. Nosotros somos de ir a asolearnos con las gabachas, echar tragos o bucear. La ciudad ya no es nuestra: los foráneos vienen a hacerse de sus necesidades, enriquecerse y pelearse en las calles.

—¿Realmente se puede hacer algo contra el crimen organizado?

—Es un enemigo invisible. Combatirlos es hacer *rounds* de sombra con un rival que opera por sorpresa, clandestinamente y con armas poderosas. El dinero no es una varita mágica. La autoridad municipal cuenta con una resortera frente a cañones 9 milímetros y “cuernos de chivo” AK 47.

A falta de información en la Policía local, camino hacia el edificio contiguo, la Procuraduría del estado, llena de agentes judiciales armados hasta los dientes. Pero mis tentativas en el centro de investigación de los grandes crímenes guerrerenses no darán frutos. El primer día, Enrique Gil, fiscal especial, salió a un rondín. Al otro, estaba dando una serie de “conferencias magistrales” y la tercera vez había salido a comer. En la última de las esperas, mientras leía el periódico sentado, un agente sacó sonriente un cuchillo largo y me lo puso frente al rostro.

—¿Ves esto?

—Sí



—Pues con este cuchillo podría cortarte la melena —dijo, muriéndose de risa, antes de darse vuelta y alejarse.

Victoria me dejó plantado en la primera cita porque tenía que comprarle útiles a su hijo de catorce años, y me reprogramó otro encuentro. Llego al Vips y espero media hora. Nada. Voy perdiendo la esperanza.

Pero una vez frente a mí, me calma con su preciosa sonrisa blanca número 18. Victoria entra al Vips como quien sube a un escenario. Su llegada es tan espectacular que por un momento pienso que los comensales aplaudirán. La luz amarilla del restaurante ilumina su microscópica minifalda rosa y el insondable abismo entre sus pechos.

Antes que cualquier otra cosa, quiere que lo sepa bien: ella es artista, no teibolera, y si el *table* ocupa su vida es porque nadie le pagará 40 000 pesos al mes.

—Si es alto y guapo, adelante... me encanta. Les digo a las demás que ni me lo toquen. Pero claro, me paga. Vienen empresarios, futbolistas y artistas. Hace unos años, un cantante famoso vino y eligió a cinco. Podemos ser veinte niñas, pero nos atiende como reinas. De chavita hice el amor con él y era una rompedera de botellas... Nos llevó a una casa bonita y nos preguntó qué queríamos tomar. Cognac, le dije. “Con cognac me lavo los dientes”, me contestó. Abrió una Dom Pérignon, que en mi vida había tomado.

—¿Cómo haces para manejar la presión de los poderosos?

—No obligo a ninguna de mis niñas a hacer lo que no quiere. A veces llega un político gordo, feo y pelón que ofrece: “5 000 pesos ahorita” y ellas dicen: “naranjas, con ese güey no”. Algo habrá hecho: las incomodó, es desagradable su presencia, no les gusta su olor. El viejito huele a viejito, aunque haya niñas que brincan con un ruquito. Para ser un prostíbulo, Chicas es muy decente. Eso sí, si aceptan, es importante que simulen placer, es su trabajo. Los hombres preguntan mucho: “¿Te viniste?”. “Sí, mi amor, tres veces.” Es parte del *show*. Y la ganancia lo justifica.

En los años 60, el viejo concepto de “centro nocturno” con música en vivo desaparecía. A pedido del empresario Armando Sotres, el arquitecto Aurelio Muñoz construyó un espacio de diversión nocturna sin antecedente en el mundo, con una pista central a la que todos podían observar, en desniveles y completamente cerrado. Así, “Armando’s Le Club” generalizó en México y exportó al mundo el concepto de “disco”, vivo hasta el día de hoy: por su arquitectura en desniveles exaltaba el cruce de miradas entre hombres y mujeres. Pero eso no bastaba, había que festejar al paladar. Manuel Gómez, empresario español, llevó a Acapulco las bebidas que demandaba esa gente que no medía los pesos: el cantante Rafael; Manuel Benítez, “el Cordobés”; Liza Minelli, Elizabeth Taylor.

Covadonga, hija de Manuel, es hoy la directora general de la Asociación de Hoteles y Empresas Turísticas de Acapulco (AHE-TA) y un personaje de excelentes relaciones con el gobierno y la alta sociedad. Su función, desde hace algunos meses, es defender, mediante una campaña intensiva, la hoy malherida imagen de Acapulco. Y le sobran razones: el organismo que dirige es también una víctima. Alexis Iglesias, uno de los miembros más distinguidos de AHETA —propietario del Alebrije y el Salón Q, y presidente de la Oficina de Convenciones y Visitantes de Acapulco (OCVA)— fue acribillado por dos hombres con fusiles de asalto AR-15 en plena zona turística, atrás del Club de Golf Acapulco.

—El otro día que aparecieron las cabecitas enviamos muchísima información sobre un concierto de Andrea Bocelli en Cacahuamilpa —explica—. Ante la preocupación, promovemos conciertos, espectáculos, torneos deportivos. Hay que mostrar la otra cara de Acapulco, porque la violencia es aislada.

Acapulco ha sido robado a los acapulqueños que, con sus excepciones, son la carne de cañón de una ciudad que vive para y por los turistas, mientras las fortunas son para los de afuera. El despojo no es un asunto de estos días. A fines de los años 40, el presidente Miguel Alemán abanderó una política de expropiación sistemática de los ejidos de Acapulco, para entregar las tierras, por cifras irrisorias, a sus hombres más cercanos. Por unos cuan-

tos pesos, las familias Azcárraga, Suárez, Perrusquía, Ampudia, Almazán y otras se hicieron de casi todo lo que hoy conocemos como Acapulco. Los empresarios lotificaron y vendieron la tierra, a los propios acapulqueños, para que estos construyeran sus casas en lo que hoy son algunas de las colonias populares, como Progreso u Hornos.

En los años setenta, Luis Echeverría abrió las autorizaciones para que algunos de esos magnates o sus herederos construyeran todos y cada uno de los hoteles que hoy forman la costera.

—Hasta 1970 andabas libre, te metías en callejones y te saludaban de “buenos días” —cuenta el cronista de la ciudad, Alejandro Martínez Carvajal—. La inseguridad llegó cuando la ciudad creció y nos llenamos de fuereños con malas costumbres, y no te ofendas —me pide—, dinero falso, robos a bancos, carteristas. También teníamos maleantes de Tierra Caliente, sobre todo de Teloapan, Arcelia y Tingambato, pero, sin ofender, a esos ladrones los educabas; a los fuereños, no.

Sobre la Costera Miguel Alemán, la gran vía primaria atestada de hoteles, ya se construyen Nautilus y Portomare, dos torres colosales de más de veinte pisos con departamentos y *penthouses*. Se elevan al oriente los flamantes Laguna Condos & Golf, Mayan Resorts, los residenciales Costa Ventura y las dos torres del Residencial Palmeiras, además de Plaza Velero. El centro comercial y de entretenimiento La Isla y el desarrollo turístico e inmobiliario Foro Imperial pronto quedarán listos. El metro cuadrado en Zona Diamante cuesta 2 000 dólares, quizá la cifra más alta del país.

Pero todos esos inversionistas, nacionales y extranjeros, no pueden caminar tranquilos en el lugar al que le han apostado fortunas. Los cuerpos de seguridad privada se multiplican. Empresas como Acuario y Tafoya ofrecen sus servicios de guardias para que los empresarios se protejan a sí mismos y a su clientela. Abelardo Luna, líder de la Cámara Nacional de Comercio en Acapulco que agrupa a 10 000 socios, se ha tornado ante la opinión pública un pertinaz crítico de los gobiernos municipal y estatal.

—Jamás habíamos vivido balaceras, decapitaciones; miles de millones de dólares están invertidos en Acapulco Diamante y a la

par sufrimos la peor ola de violencia en la historia del puerto, ligada a una actividad de todos conocida. Los empresarios me piden asesoría sobre escoltas o uso de armas, pero les digo que la seguridad pública corresponde a la autoridad; los tres niveles de gobierno no han sabido coordinarse en inteligencia, prevención del delito y procuración de justicia.

Victoria me cuenta su historia con un rígido orden cronológico.

—Nací en Acapulco en 1967... ¡*Oh, my God!*, ponlo al revés, di que en 76.

En la barca de su padre, “siendo una morrita” de cinco años, ya cantaba *La nave del olvido*.

—Yo quería ser artista en grande.

Con doce años emigró a Cancún, donde su papá trabajaría en mantenimiento del Hotel Casa Maya y su madre como mucama del Fiesta Americana. Su carrera inició cuando la contrató María Félix Rueda, directora del ballet folklórico del Hyatt Cancún.

—A la hora del *show* siempre hechicé. Era una niña delgada, guapísima, mi mamá se impresionaba de mis pestañotas largas y el pelo agarrado.

El divorcio de sus padres aceleró su retorno a Acapulco.

—Era duro ver la realidad, la casa deteriorada, mi mamá mal emocionalmente, mis hermanos chavitos.

De ahí, vinieron el *show* prehispánico del restaurante El Palao, otro de jazz con Aida Morgan en el Centro de Convenciones (“o séase, ya enseñaba las nalgas, para que me entiendas”), el ballet del cubano Ibrahim y un periodo de *bar tender* en el News. Ahí, con veinticuatro años y más de una década de bailarina profesional, su vida cambió. Daniela, una ex compañera, le propuso meserear por un sueldo cinco veces mayor. Un domingo entró por primera vez al *table-dance* Tabares.

—Veía a un lado y otro y decía “qué pedo con este lugar”. Me acuerdo y me pongo helada todavía.

Victoria recapitula un diálogo de esa noche:

—Daniela, dijiste que de mesera...

—Aquí las meseras somos bailarinas. ¿Vas seguir correteando el camión con ese cuerpo?

—Pero cómo crees que...

—Aquí es puta la que quiere. La que no, sigue de mesera.

—Pero con tanto hombre aquí adentro voy a valer madres.

Al día siguiente llegó a Tabares con su currículum y un altero de fotos que nadie revisó. Pero el acuerdo se cerró. La primera noche, Victoria hablaba con sus compañeras para sacudirse los nervios.

—Ay, si mi papá estuviera en Acapulco, yo no podría estar aquí.

—¿Dónde está tu papá?

—En Grecia, se lo llevaron a traer un trasatlántico, el Nikolai, porque es ingeniero naval.

Grecia y Grecia y Grecia. Esa noche, contando anécdotas de su padre, quizá repitió la palabra “Grecia” cien veces...

—Oye negrita, ¿y cómo te vas a llamar?, preguntó Daniela.

—Victoria.

—No, todas tenemos que tener otro nombre.

“Primera llamada, Grecia. Segunda, Grecia. Tercera, Grecia...”

—Tómala mono, no sabía que era yo. ¿Y voy a subir sin medias, no mames?

—Sí, sin medias —dijo Daniela— voy a pedir que te bajen la luz.

Victoria respiró hondo, cerró los ojos y bailó *Paradise* como una profesional de la danza, usando zapatillas de jazz. Los clientes, ávidos de sexo crudo, se topaban con un espectáculo fuera de serie... pero con demasiada ropa. En tres días, la tanga se mantuvo inmóvil.

—Nunca había visto un *strip-tease*. Me bajé y vino el boleterero: “Grecia, ya tienes un boleto para una mesa”. “No, deja me pongo algo encima.” “Te lo echas rápido.” Me jalaba de la mano de mesa en mesa. Ese día gané 900 pesos en table y 500 de sueldo, un dineral. Cuando llegué a casa dije “de aquí soy”: el tabú había muerto.

Con Arturo, actual propietario del Tabares, tuvo a su único hijo, poco antes de divorciarse. Hoy, el padre de su hijo agradece que si Victoria dice “no se mueve nadie”, nadie se mueve. De ser una bailarina pasó a encargarse de la barra, su último paso hacia la gerencia del Chicas. Ahí, ninguna presencia impone tanto. Levanta la voz, manda, pide orden y limpieza. Ya no ofrece servicio de mesa, y menos aún privado.

Durante la entrevista llega a buscarla Aries, su colega y amiga, que la apura con la mirada para irse juntas a trabajar.

—¿Cuanto sacas en un día? —le pregunta Victoria, haciéndola sentarse. “En uno malo, 3 000; uno bueno, 14 000”.

—Mi amor, se acabó —me dice Victoria— tengo que irme a trabajar. Si quieres más, pasa por el bar...

#### ESCOGE UNO

Hace más de una década, si uno continuaba cuadras adentro por la calle Sonora, donde hoy se concentra el grueso de la actividad policial, llegaba a la colonia Aguas Blancas, la zona roja de Acapulco durante más de cuarenta años. El Molino Rojo y El Burro, pero La Huerta, como ningún otro prostíbulo, crió legiones de pecadores que se arrojaban a los placeres lúbricos que les prodigaban canadienses, gringas y acapulqueñas que fichaban con los comensales con la esperanza de emigrar a uno de los diez cuartos traseros. Los guías de los *tours* americanos, casi sin excepción, para distender a la clientela se desviaban del itinerario que marcaba el Fuerte de San Diego o La Quebrada. Juan Castro, mesero del Hotel Los Flamings desde 1968, fue una de las tantas almas débiles.

—De chavalo, en los años 60, mis amigos me dijeron “te vamos a llevar a La Huerta, para que veas cómo bailan. Agarras la que te guste y te echas una cheve”. Les dije “no sé de eso”. “Véngase chamacaco”, me dijeron, “pa’ que se enseñe”. Pagaron todo y me gustó el ambiente. Cada semana iba solo. Ahí me hice hombre.

Pero como siempre ocurre, llegaron los productos importados. El *table-dance*, Tabares antes que ningún otro, arruinó la vieja tradición de La Huerta, que terminó arrasada junto al resto de la zona roja. Hoy, la oferta es diversa, pero el liderato lo tiene Chicas, hermano menor de Tabares.

Mr. Domingo, un enano entrado en años, de *smoking* y sombrero, me recibe sonriente: apenas cruzo el umbral de este planeta en penumbras neón con astros, cometas y lunas que centellean, estira la mano y me entrega un tequila. Desde mi mesa, ideal, ubicada a la altura del escenario, alcanzo a ver a Estrella, una frondosa

morena con cara de muñeca, de unos dieciocho años, mojando su cuerpo desnudo en la “bañera”, una pequeña cascada de utilería a unos pasos del escenario y los tubos. Junto a ella, otras dos jóvenes, silenciosas, hacen fila para bañarse tras haber bailado con el tubo. No lo harán solas. Alguien del público toma la manguera y rocía los cuerpos perfumados. La escena, inspirada en *Náyades y Tritón*, de François Boucher, es de una armonía helénica. De pronto irrumpe Grecia, que toma el micrófono.

—Creo que somos un chingo para hacer tan poco desmadre. Total, ¡no los oye su vieja!

El público se enciende, grita, se levanta de la mesa y aplaude. En decenas de pantallas, las películas XXX del canal Hustler insisten en llenar de vaivenes frenéticos el ambiente, cuando en el escenario hay otra cadencia, lánguida y hechicera, que cumple su objetivo: las chicas bambolean sus caderas sobre las mesas, envuelven de caricias a los clientes y los llaman a olfatearlas. El deseo explota y no hay remedio: por 200 pesos “toqueadero”, por 1 500 “el amor”. A las tres de la mañana, sexo en vivo. Sobre el escenario, Claudia, una adolescente magra, casi en huesos, se contorsiona nerviosa en el tubo. Elige a uno del público, lo sube y se lo encaja entre las piernas. Un minuto, dos y nada. El chavo opta por subirse los pantalones, asustado ante la tremenda chifladera. Del fondo del antro, alguien levanta la mano y muy decidido baja corriendo para subir al escenario.

—A este se me hace que lo tuvieron amarrado un mes —grita Grecia. Pero no hay forma: el amor reclama rinconcitos oscuros y no escenarios iluminados. Otra bragueta se levanta. Claudia, resignada, tendrá que obedecer la orden del animador: “ni modo, mi niña, te tocó Sebastián”. Sebastián, un juguete largo, grotesco y plástico, es lo que Claudia llevará a su intimidad para que la jauría se calme y deje de reclamar a gritos.

Un grupo de juniors entra, con el pecho levantado, mirando a todas partes. El que va al frente abre cancha: cabello largo, piel dorada, músculos poderosos. Es Julián, de la Ciudad de México, un chico de gimnasio consentido de Grecia.

—Ya llegaste, papito —se sincera—. Niñas, a ese ni me lo toquen.

Para él, la mejor mesa, el mejor servicio. Estrella sube al escenario, mirándolo. Él responde, y ella retribuye enredándose en el

tubo, apretándolo y soltándolo, moviéndose cual molusco, girando. De fondo, música de Alizee, la Lolita francesa. Los labios de Estrella se entreabren, como si quisieran besarlos ya, ahorita mismo, mientras ella termina de desnudarse. Vuelca en su cuerpo jarras de fresa y chocolate y tehuacán, y con las manos se los esparce, voluptuosa, anhelante.

—¡Mami —grita alguien del público— eres el origen de la civilización teibolera!

—Estrella, escoge uno —ordena Grecia, desde el micrófono.

No hay duda, será Julián, pese a que la jefa se moleste. Estrella baja del escenario y le ofrece los senos. Julián la toma de la cintura, se pone de pie y los mete en su boca. La multitud grita excitada. La camisa de Julián, blanca e impecable, ahora es un embadurne de chocolate y fresa. Jadeante, toma a Estrella de la mano para perderse en el fondo.

## 27 EMPLEADOS

De chicos, Jaime Camil y su amigo Oliver Rodríguez comían pescado crudo, nadaban desnudos en el mar, iban a surfear o a pasear en la Laguna de Coyuca. Jaime, ex jugador de básquet en un equipo del municipio y capitán del Baby'O, parecía arreglárselas con poco para ser feliz. Acapulco, en todo caso, le permitía crecer con fantásticas dosis de libertad. Pero los años han pasado. Hoy, en su residencia de Las Brisas, donde suele recibir a Bono, un ejército de sirvientes le prodiga atención.

—¿Cómo es eso de vivir rodeado de servidumbre?

—Mi papá tiene 27 empleados. Depende del cristal con que lo veas: es como ir a Jamaica y ver que los pinches negros venden en puestos para los cruceros. De eso viven. Pero yo soy un güey que si quiero una pinche naranjada, voy y me la sirvo. Estoy acostumbrado a *do it yourself*, y que la casa tenga tanta servidumbre me da igual; no soy Liliana Sada.

—¿Y ahora dónde te diviertes en Acapulco?

—Acapulco dejó de ser *chic*. No hay lugares padres como en Playa del Carmen, Miami o Cabo (San Lucas), aunque abran lugares dizque vanguardistas. El otro día me dijeron que el Zuntra es-



taba padrísimo. Llegué y dije “este es el mismo pinche bar de siempre en Acapulco”. El día que haya lugares súper *low profile*, buena onda, la gente *cool* volverá.

Una noche, antes de volver a la Ciudad de México, voy al Hotel Presidente para relajarme un poco con un *show* de Luis de Alba, “el Pirrurris”, ídolo de mi infancia. Cuando todo concluye y las treinta o cuarenta personas que asistieron vacían el auditorio, me acerco a camerinos para saludarlo.

—¿Y tú que estás haciendo? —me pregunta.

—Un reportaje sobre Acapulco

—¿Ah, sí? Te cuento algo: ayer, unas personas de Acapulco que me querían complacer en los mejores lugares, me llevaron a La Guardería, en la colonia La Mira. Está lleno de niñas, chiquititas, que hacen lo que los gringos quieren. Me tuve que salir a vomitar.